

CABEZA ALTA

RELATOS DE LUCHA Y DIGNIDAD

FRANCISCO ÁLVAREZ

CABEZA ALTA

RELATOS DE LUCHA Y DIGNIDAD



SENSIBLES A LAS LETRAS, 85

Primera edición en Hoja de Lata: octubre del 2022

© Francisco Álvarez González, 2022

© de la imagen de la portada e ilustraciones: Iván Cuervo Berango, 2022

© de la fotografía de la solapa: Pablo Lorenzana

© de la presente edición: Hoja de Lata Editorial S. L., 2022

Hoja de Lata Editorial S. L.

Avda. Galicia, 21, 4.º E, 33212 Xixón, Asturias [España]

info@hojadelata.net / www.hojadelata.net

Diseño de la colección: Trabajadores culturales Glayú

Corrección: Olaya González Dopazo

ISBN: 978-84-18918-14-8

Depósito legal: AS 00438-2022

Impreso en Sgraf, Meicende, A Coruña [España]



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Hoja de Lata emplea tipos de papel que garantizan el manejo ambientalmente apropiado, socialmente benéfico y económicamente viable de los bosques del mundo.

No hay vida donde no hay lucha.

GIANNI RODARI

ÍNDICE

Cabeza alta	19
Pozu Cantábricu	23
Identidad	29
Los colores y los trazos	35
Las canciones de Damián	41
En aguas del destierro	49
Las horas finales de Dulce Gaván	57
Sol de abril	67
Muerte de Sócrates en París	75
El hombre de la luz y la tiniebla	85
Rosa de invierno	95
Correr tras el viento	107
El faro de Viena	117
Las cenizas de las últimas palabras	127
Una noche en La Belle Alliance	137
El fotógrafo de la luna	147
Puente de Peñaflo	159

Las flores del capitán Richardson	171
Mar de Irlanda	185
El camino rojo	201
La ciudad negra	217

El libro que tienes entre las manos, querida lectora, querido lector, reúne veintiuna narraciones que he escrito a lo largo de los últimos ocho años y que presento aquí en orden creciente; van de la más breve a la más extensa. Una parte de ellas fueron publicadas en el volumen *Pasaxeres de la nueche* (Hoja de Lata, 2019), una buena parte fueron premiadas en los diferentes concursos de relatos en asturiano que se convocan en esta tierra. Mi primer agradecimiento, pues, va dirigido a los ayuntamientos y fundaciones que promueven esos certámenes: los ayuntamientos de Bimenes, Candamo, Cangas del Narcea y Villaviciosa, y las fundaciones Juan Muñiz Zapico y Dolores Fernández Lema.

En este volumen cohabitan cuentos históricos, cuentos negros, cuentos de amor, cuentos fantásticos, cuentos que no son cuento... El nexo de unión es que todos ellos son relatos de lucha y dignidad. Conviven en este libro narraciones sobre personajes insignes y relatos protagonizados por personas humildes, anónimas o inexistentes. Esto último es algo de lo que me siento especialmente orgulloso, porque creo que cierta literatura debe ejercer un poder igualitario e igualatorio entre los seres humanos. En una de las entrevistas que le hice en los primeros años de este siglo, el escritor italiano Claudio Magris dejó registrada en mi grabadora de periodista una frase que incorporé

a mi ideario de contador de historias, a mi cuaderno de bitácora como informador y como escritor: «Usted, yo y cualquier persona tenemos derecho a la misma filología, entendida, en el sentido etimológico del término, como el amor de la palabra».

«Cabeza alta» es el cuento más corto y el que da título a este libro, porque las historias pequeñas pueden ser las más importantes. Se lo dedico a Alberto Prunetti, mi referente en la literatura de clase obrera.

«Pozu Cantábricu» es en memoria de Lezo Urreiztieta y de los tripulantes de sus pesqueros, que lo arriesgaron todo cada vez que danzaron sobre las olas del Cantábrico su *aurresku* de libertad para llevar a puerto seguro a militantes antifascistas.

Le dedico «Identidad» a Diego Menéndez. Juntos aprendimos a defender la llingua asturiana en las calles, en los chigres (así llamamos en Asturias a los bares), en el monte, en los conciertos... Juntos seguimos defendiéndola en esos mismos escenarios.

Le brindo «Los colores y los trazos» a Paola Vischetti. «Pinté» este cuento con su asesoría artística, pocos días antes de nuestra despedida a orillas del lago Lugano, en la Suiza italiana, una mañana fría.

«Las canciones de Damián» es para Vanessa Gutiérrez, que nació en la cuenca minera del Caudal y se crio en la cuenca minera del Nalón. En su voz poética resuenan los mil acentos del carbón de una tierra que sigue teniendo alma minera.

El cuento «En aguas del destierro» está emparentado con la novela *Lluvia d'agostu*, que escribí en un periodo en el que el único puerto seguro en mi vida era la literatura. Hoja de Lata publicó la novela en asturiano y en castella-

no, el sello austriaco Bahoe Books la publicó en alemán y en breve se editará en griego. Con este relato pago un par de deudas que dejé pendientes en aquella novela: le doy la palabra al protagonista de esta narración, que en *Lluvia d'agostu* retraté con tintes caricaturescos, y rescato del olvido la figura de Manuel Prieto, *el Coix, el Coxu*. Se lo dedico a mi editora, Laura Sandoval, y a mi editor, Daniel Álvarez, que creyeron en mí como autor cuando ni yo mismo creía en mí.

«El hombre de la luz y la tiniebla» va para Xurde Rodero, *compañero del alma, compañero*. Nadie mejor que él como destinatario de estos versos que tomo prestados de Miguel Hernández, al que ambos admiramos.

«Las horas finales de Dulce Gaván» es para David Varela, con el que comparto en los escenarios asturianos el espectáculo literario y musical *Fierro, carbón y metralla*, basado en su música y en algunos textos de este libro.

Le dedico «Sol de abril» a Viola Mercuri, por el sol de junio que compartimos en el milanés Parque de las Fábulas. Y por recordarme las palabras del poeta turco Nazim Hikmet que dicen que no podemos vivir en la tierra como si fuéramos meros inquilinos.

«Muerte de Sócrates en París» es un cuento que escribí pensando en Nuria Rodríguez, una de las tataranietas de las brujas que no lograron quemar, mi maestra en el feminismo y mi hermana en tantas luchas sociales y políticas.

«Correr tras el viento» se lo dedico a Paquita Suárez Coalla, con mi gratitud por la enriquecedora correspondencia cibernética que mantenemos entre el Alto Manhattan (en la Gran Manzana) y el Alto Pumarín (Pumarín en asturiano es un pequeño manzanar).

«El faro de Viena» refleja la luz de María José Menéndez. Trabajó en un astillero gijonés combativo y seguramente por eso su sonrisa es un dique inexpugnable frente a cualquier tempestad.

«Las cenizas de las últimas palabras» es para Susi De la Torre. Juntos recorrimos la isla gallega de Ons tras las huellas ancestrales de piratas y de vikingos. Volví de allí con el compromiso de que algún día escribiría un cuento sobre la piratería.

Le dedico «Una noche en La Belle Alliance» a Laura Tuero. Ella fue la primera persona que leyó esta historia y la que me animó a seguir escribiendo.

«El fotógrafo de la luna» es para Marcello Fois, con mi gratitud por todo lo que he madurado como escritor traduciendo su obra, tan sarda y tan universal.

Le regalo «Rosa de invierno» a Elena Carrara. Nuestra ruta de libertad nos llevó desde el monumento de Federico García Lorca en la madrileña plaza Santa Ana hasta el sepulcro de Buenaventura Durruti, Francisco Ascaso y Francesc Ferrer i Guàrdia en Montjuïc, pasando por la tumba de Bertolt Brecht en Berlín.

«Puente de Peñaflores» es en memoria de mi padre, Julio César Álvarez, que nació muy cerca del lugar en el que se desarrolla esta historia, y de mi madre, Natividad González, que nació en Badajoz y que murió el mismo día en el que acabé de escribir este relato. Los restos mortales de ambos descansan en el cementerio de Cuero, a poco más de un kilómetro del Puente de Peñaflores.

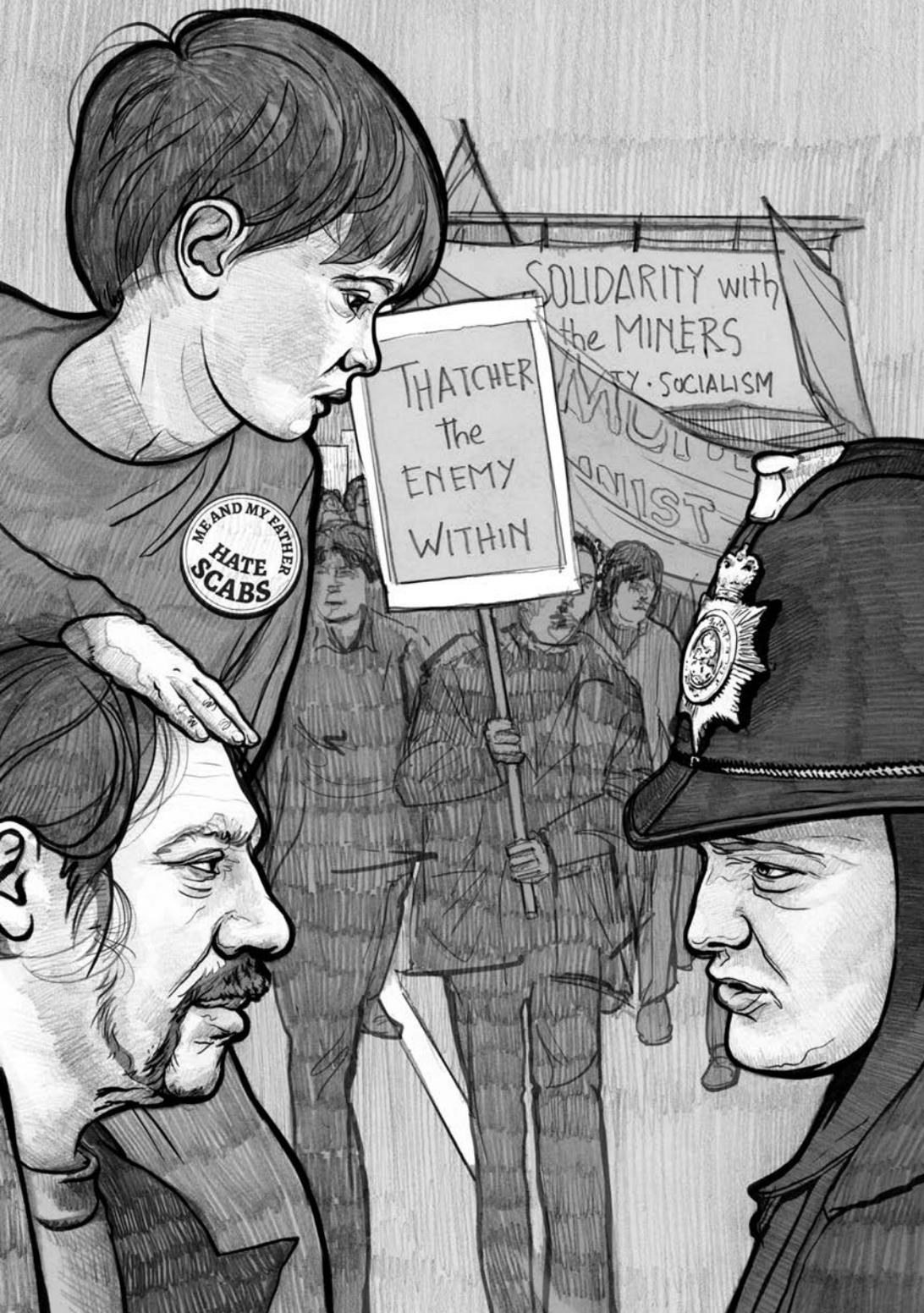
Le ofrezco a Xabel García «Las flores del capitán Richardson». Me hice insumiso al servicio militar siguiendo el ejemplo de coherencia y honestidad de camaradas antimilitaristas como él. Él sigue siendo para mí un referente ético.

«El camino rojo» va para Quique Faes, por todos los caminos que recorrimos y que seguimos recorriendo juntos en el periodismo, en la literatura y en la vida.

«Mar de Irlanda» se lo dedico a Liliana Fernández-Peña, que me liberó de mi condición de náufrago y me puso ante los ojos la mejor narrativa de Leonardo Padura.

«La ciudad negra» es para Fernando Álvarez, al que me unen, entre otros sentimientos, el «barrionalismo» de Pumarín, el lugar en el que crecimos y al que siempre volvemos para que nunca se sequen nuestras raíces.

Xixón, verano del 2022



THATCHER
the
ENEMY
WITHIN

ME AND MY FATHER
HATE
SCABS

SOLIDARITY with
the MINERS

...Y · SOCIALISM

...ANIST



THATCHER
the
ENEMY
WITHIN

ME AND MY FATHER
HATE
SCABS

SOLIDARITY with
the MINERS

... SOCIALISM

... ONIST

CABEZA ALTA

Ignoramos nuestra verdadera estatura hasta que nos ponemos de pie.

EMILY DICKINSON

Volví a casa llevando bajo el brazo el libro ilustrado que me habían regalado por mi cumpleaños: *Los viajes de Gulliver, de Jonathan Swift*. Tal vez por eso mi padre me pareció, en la escena con la que allí me topé, un hombre diminuto y gigante a la vez, una especie de Gulliver en Brobdingnag y en Liliput al mismo tiempo. Porque lo vi pequeño como un liliputiense mientras lo sacaban de nuestro hogar, aferrándolo por los brazos, dos policías enormes que con sus zapatos de suela ancha y sus cascos aparentaban aún más altura. Pero lo vi muy grande, gigantesco, cuando pasó a mi lado y sonrió con los ojos y me guiñó uno de ellos para tranquilizarme, aunque ese gesto no surtió efecto y rompí a llorar con ese llanto indefenso que tienen los niños cuando no saben leer los acontecimientos adversos. Mi madre, serena y digna como una diosa, sorteó el corrillo de gente y vino hacia mí para posar en mi nuca la caricia de su mano. Yo, instinti-

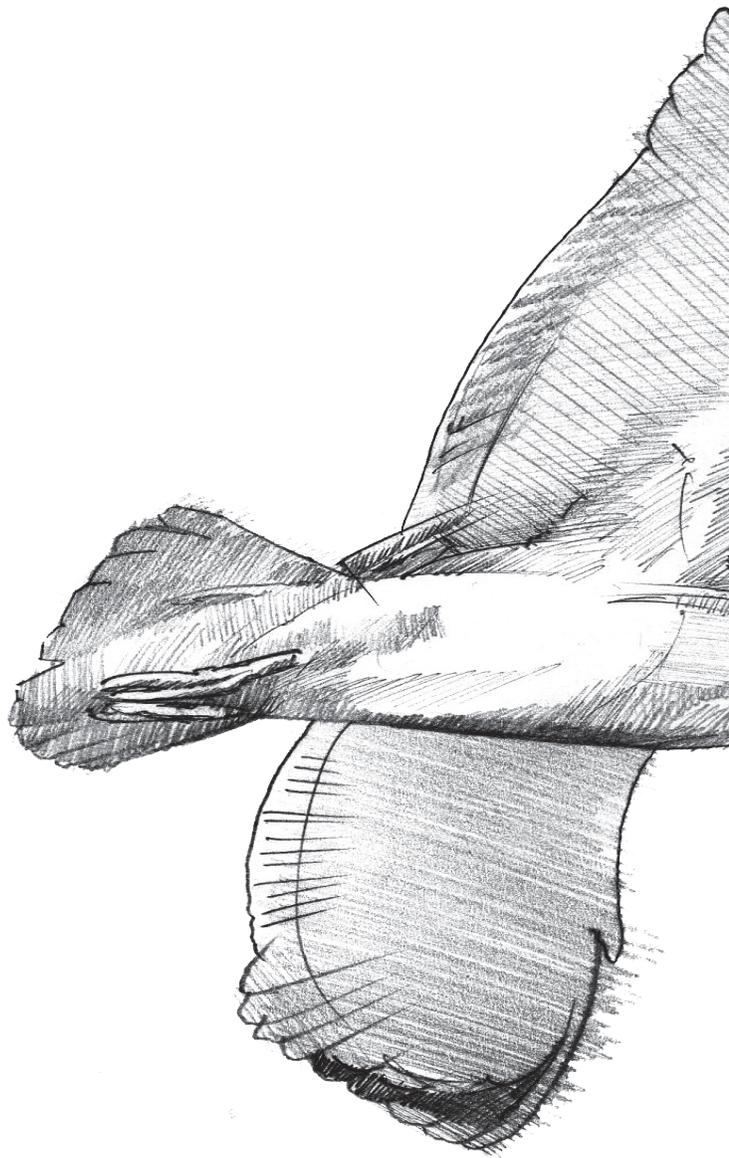
vamente, agaché la cabeza. «La cabeza alta, Matthew. La cabeza siempre alta», susurró ella disfrazando de dulzura su dolor y su rabia. Y me obligué a alzar la cabeza para ver cómo encerraban a mi padre en uno de aquellos furgones que partieron haciendo chillar sus sirenas para intentar solapar los silbidos y los gritos de apoyo a la huelga minera que estaban inflamando el aire de nuestro vecindario.

Alguien había pronunciado el nombre de mi padre como integrante de un piquete al que se atribuían actos de sabotaje, según la policía; actos de lucha obrera, según el sindicato. El juez decretó prisión preventiva para él y para otros mineros. En las semanas siguientes de aquella larga huelga yo tuve que racionar mis lágrimas, aunque hice mío el llanto de alguno de mis compañeros el día que nos notificaron en la escuela que las hijas e hijos de los huelguistas habíamos sido privados del derecho a comedor escolar, por decisión del Gobierno. La respuesta a ese agravio no se hizo esperar: a la mañana siguiente nos recibió a la entrada de nuestro colegio una enorme pancarta formada con sábanas cosidas, muy limpias, muy blancas, con una frase pintada en el color del carbón: *Las cabezas bien altas, compañeros*. Nuestras madres la habían hecho para nosotros, los niños y niñas a los que el Gobierno británico negaba el pan, los hijos de mineros, sus pequeños compañeros.

El comité de madres organizó un comedor popular como alternativa al comedor escolar y allí algunos renacuajos echábamos una mano, ayudábamos a llenar y a rellenar tazas, vasos y platos. Allí empuñé por primera vez el cucharón de la sopa, y no podía imaginar que ese utensilio iba a acabar convirtiéndose en mis manos, quince años más tarde, en un arma artesanal de la lucha de clases...

Estaba ultimando en Londres mi tesis doctoral sobre el movimiento sindical galés del último tercio del siglo xx. Los fines de semana sacaba un dinerillo trabajando como camarero itinerante en una empresa de *catering*. Nos llamaron para servir un banquete en un selecto club de golf al que asistiría un restringido grupo de invitados. Intrigado, le tiré de la lengua al encargado y acabó revelándome el nombre de la personalidad a la que iban a agasajar en ese evento. Acudí con puntualidad, vestí el uniforme de traje y pajarita, superé las miradas fiscalizadoras de los guardaespaldas al entrar en el salón. El jefe de sala me observó con inquietud creciente mientras me dirigía con la sobera a la mesa presidencial, porque no era yo el encargado de servirla. Me acerqué a la homenajeadá, saqué de la sobera un cucharón con un amasijo de puré y de carbón, y lo eché en su plato. «De parte de los hijos de los mineros del comedor popular de Wakefield», le dije a media voz. La ex primera ministra, desconcertada, ocultó púdicamente con su servilleta el plato de crema de nécoras con tropiezos de hulla, pero para entonces casi todas las miradas del salón apuntaban hacia nosotros. Los dos escoltas llegaron a paso rápido. «Llévenselo», les murmuró entre dientes Margaret Thatcher mientras esgrimía una sonrisa de cartón piedra ante el resto de los comensales.

Cuando me sacaban del salón, uno de los escoltas trató de doblar mi nuca hacia adelante. Se lo impedí tensando con todas mis fuerzas la musculatura del cuello, afronté aquel agudo dolor diciéndome a mí mismo: «La cabeza alta, Matthew. La cabeza siempre alta, compañero».



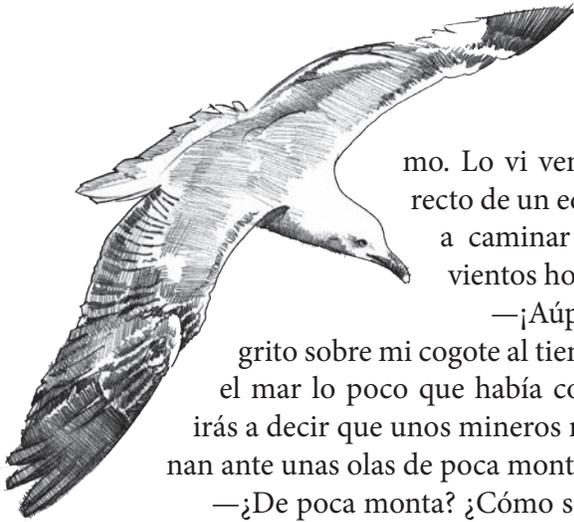


POZU CANTÁBRICU

*Animal blando y sin sombra
cuando ante la injusticia callo.*

CAROLINA SARMIENTO

Aquel día de octubre de 1934 parecía que la gamera del Cantábrico se había aliado con Franco, Goded, Yagüe y compañía para tratar de negarnos la salvación. Desde el mismo momento en que zarpamos del puerto gijonés de El Musel, con la derrota pisándonos los talones y los buques de guerra Almirante Cervera y Jaime I al acecho en las aguas que teníamos por delante, el barco no dejó de dar bandazos como una cuna baqueada por la mano furiosa del diablo. Las olas se estrellaban en el casco del Carmen de Amorebieta como vagonetas de mina descarriladas, el viento rugía como un derrabe de carbón sin fin, el mar atronaba como una explosión de grisú. Muchos estábamos vomitando por la borda o agarrados unos a otros para no resbalar por la cubierta, y el capitán Lezo caminaba entre nosotros como si nada, repartiendo palmadas en la espalda y comentarios de áni-



mo. Lo vi venir hacia mí con el paso recto de un equilibrista acostumbrado a caminar sobre el alambre entre vientos hostiles.

—¡Aúpa, asturiano! —soltó el grito sobre mi codo al tiempo que yo soltaba sobre el mar lo poco que había comido ese día—. No me irás a decir que unos mineros revolucionarios se acojonan ante unas olas de poca monta.

—¿De poca monta? ¿Cómo serán las grandes? Esto es peor que andar a tiros con los putos legionarios —bromeé, a pesar de mi estado—. Además, es la primera vez que subo en un barco, capitán.

—No pasa nada, chaval. Echa por la borda todo lo que tengas que echar, que es abono para los peces —dijo lanzando una carcajada mientras se alejaba.

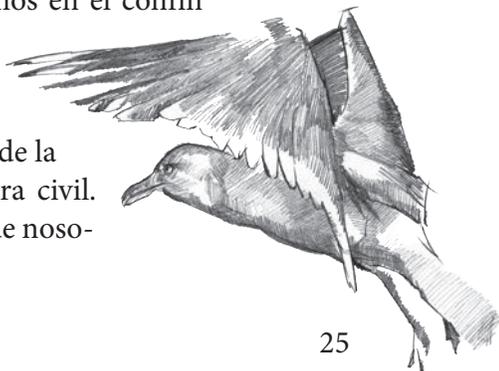
Arribamos al puerto de San Juan de Luz sanos y salvos, todos y cada uno de nosotros. El propio Lezo nos había contado al embarcar y volvió a hacer recuento al desembarcar, como estricto capitán y como anfitrión cumplidor que quiere dejar constancia de que no ha perdido nada ni a nadie por el camino.

No volví a hablar con él hasta la segunda y última travesía que compartimos, en otro mes de octubre, catorce años más tarde, cuando ya habíamos perdido la revolución, la guerra y la guerrilla. En 1948 la situación era insostenible para los pocos que seguíamos resistiendo en la montaña asturiana, y tras la masacre del pozo Funeres, en la que veintidós compañeros fueron despeñados vivos por los fascistas en una sima del concejo de Laviana, la dirección del partido acordó fletar desde Francia un bonitero capitaneado por Lezo, quién si no, para sacarnos de

Asturias. Pese a la oscuridad de aquella noche, sin luna y sin luces que delataran nuestra posición, en cuanto embarcamos en el puerto de Luanco reconocí la boina negra, las cejas gruesas, el cuerpo robusto y el gesto risueño del lobo de mar de Santurce.

Ya en altamar, cuando el pesquero —con un maquinista y un marinero francés como única tripulación— ponía proa al golfo de Vizcaya, Lezo nos dio conversación para que la travesía fuera más llevadera. Remataba con una carcajada cada capítulo con el que iba desgranando sus peripecias en dos guerras, una española y otra francesa: nos habló de la flotilla con la que llevó fusiles checoslovacos al bando republicano en la costa vizcaína sorteando el campo de minas sembrado por la marina franquista, y del barco con el que sacó de la Francia ocupada por los nazis a decenas de familias judías burlando a la Gestapo y a la policía del régimen colaboracionista de Vichy. Nos reveló el pequeño secreto de que en esos años bautizó a dos de sus pesqueros con los nombres de Santa Bárbara y San Mamés no solo porque él era católico del PNV y aficionado del Athletic, también por los pozos asturianos de Santa Bárbara y San Mamés, porque admiraba a los mineros.

Se me hizo corta aquella travesía de una treintena de horas que compartimos una treintena de maquis y enlaces de la guerrilla. Atracamos en el confín oriental del Cantábrico, en el puerto de San Juan de Luz, cuando se cumplían exactamente once años y once días de la caída de Asturias en la guerra civil. Lezo Urreiztieta se despidió de noso-



tros a pie de muelle, abrazándonos uno a uno a todos los hombres y a la única mujer de la expedición.

Algunos de nosotros bajamos de nuevo a la mina durante el exilio francés. Yo fui uno de ellos, me gané la vida picando carbón en un pozo de Occitania. Regresé a Asturias siendo aún minero en ejercicio y me retiré aquí después de trabajar los últimos años en una explotación de la empresa pública Hunosa en la cuenca del Caudal.

En la primavera de 1981, cuando nos llegó la noticia de que Lezo había muerto en la localidad vascofrancesa de Bayona, los que habíamos regresado a Asturias y aún vivíamos nos citamos en la bocamina de un pozo de la cuenca del Nalón. Yo sugerí que compráramos una corona de flores, pero un compañero tuvo una idea mejor, así que adornamos el castillete del pozo con el flotador de un viejo pesquero, lo pintamos con los tres colores de la ikurriña y escribimos, con pintura negra como la pez, su nombre: Lezo Urreiztieta Rekalde. Colocamos también una tabla de madera en la que estampamos, con pintura negra como el carbón, el nombre con el que rebautizamos ese pozo minero durante unas pocas horas: *Pozu Cantábricu*.

Y se sumó, discretamente, al acto una visitante inesperada que posó sus dos patas sobre el castillete. Aquella gaviota había volado más de treinta kilómetros tierra adentro, quizás desde El Musel, quizás desde Luanco, quizás impulsada por el viento generoso y poderoso de la libertad.

